

INTRODUCCIÓN

FLORENCIO CONDE

Arquetipos masculinos del ciudadano racializado en la construcción de la nación neogranadina

JUAN CARLOS HERRERA RUIZ

*Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas,
Universidad de Medellín*

DORIS WIESER

Faculdade de Letras, Universidade de Coimbra

I. INTROITO

Florencio Conde. Escenas de la vida colombiana de José María Samper fue publicada en 1875 (Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos) y no había sido reeditada hasta hoy. Se trata de una obra de contenido moralizante, que aborda temas como el amor ‘interracial’, el blanqueamiento y el racismo, confiriendo un valor positivo a la aportación de los negros y mestizos¹ en la construcción de la nación neogranadina.

En *Florencio Conde* se narra la vida de dos personajes principales, la de Segundo Conde, nacido a finales del siglo XVIII como esclavo de una hacienda en Antioquia, y la de Florencio Conde, su hijo mestizo. Segundo Conde, “negro, negro como el carbón” (61), trabaja en las

1. Entiéndase por “mestizos” una multiplicidad de cruces posibles entre blancos españoles, blancos criollos (descendientes de españoles nacidos en América), indios y negros, de los cuales resultaban castizos, mulatos, zambos, cholos, coyotes, tercerones, cuarterones y un largo etcétera que ha sido documentado, según el área geográfica o la periodización histórica en diversos estudios sobre el mestizaje en América. Véase al respecto Mörner (1969) o, para el caso concreto de Colombia, Jaramillo Uribe (1965).

minas de oro de su amo, Clemente Conde, en los albores de la independencia. Gracias a su inteligencia y tenacidad, consigue comprar la libertad de su madre, de sus hermanas y la suya propia, además de salvarle la vida a un luchador por la independencia, el coronel Samudio. Al haber adquirido la libertad, se establece como comerciante, tornándose próspero y respetado, y acaba por casarse, en 1823, con Camila, la hija del coronel Samudio; este último, en su lecho de muerte, le pide que se haga cargo de ella. A su vez, el hijo de esta pareja ‘interracial’, Florencio Conde, consigue ascender aún más en la escala social de la joven nación, estudiando Derecho en Bogotá, volviéndose abogado, periodista y diputado. También él se casa, en torno al año 1852, con una mujer blanca, Rosita Fuenmayor, tras largos años de perseverancia contra el racismo y el orgullo de casta del padre de esta, don Pedro Fuenmayor, a través de la demostración repetida de su poder económico, generosidad y honradez.

La sustancia y los temas de esta novela no han perdido vigencia, puesto que, aun en la contemporaneidad, la descolonización sigue sin producir la ruptura esperada con las lógicas coloniales: más bien arrastró consigo el fardo de las relaciones de poder regidas por la supremacía del hombre blanco, patriarcal, capitalista, cristiano y heterosexual. Los conceptos de nación o identidad nacional no escapan a estas lógicas, por el contrario, siguen fuertemente influenciados por la herencia del colonialismo. Lo prueba el discurso de tenor nacionalista que, adherido al paradigma ideológico occidental, sigue apostando ciegamente por el progreso, la supremacía de las ciencias exactas, la sobrevalorización de la cantidad por encima de la cualidad, al tiempo que oculta o niega saberes y valores alternativos. Pero lo prueba sobre todo el racismo institucionalizado y solapado de las sociedades contemporáneas, que permanecen inseridas en un proceso forzado de asimilación cultural y de blanqueamiento racial. De ahí la pertinencia de recuperar obras literarias que dieron protagonismo a personajes negros y mestizos, de cara a una resignificación de la conciencia histórica de la nación y de los efectos prolongados de la ‘colonialidad’ (Quijano 1992, Mignolo 2007), pero también como un paso importante en dirección de la descolonización del pensamiento.

2. VIDA Y OBRA DEL AUTOR

Los rasgos del carácter que configuran sendos personajes en *Florencio Conde*, padre e hijo, trazan los contornos de una coyuntura epocal de la historia de Colombia en la que está en juego el viejo régimen de la colonia, esto por cuenta de la abolición de la esclavitud, pero, a su vez, refractan el conflicto derivado de los cambios que necesariamente trajeron consigo la república y la progresiva adopción de un nuevo modelo de relaciones de producción al interior de la misma. Allí se puede concretizar el núcleo y el interés de esta novela de José María Samper Agudelo (1828-1888), que ostenta por demás un valor autobiográfico en tanto refleja algunas de sus facetas como hombre de negocios y como figura pública². Ello mientras sus juveniles afinidades electivas se orientaron todavía hacia los valores de la Ilustración y hacia un liberalismo radical de corte federalista, y, desde luego, al margen de que, pocos años más tarde, completara su conversión al proyecto conservador finisecular que se consolidó en la llamada “regeneración”, o la unidad nacional político administrativa en torno a un régimen presidencial centralista, a los valores del catolicismo y a una nueva Constitución, la de 1886, de la cual Samper fue coautor.

Lo anterior como anticipo del mosaico que compone la vida política y literaria de uno de los personajes más arquetípicos del siglo XIX colombiano: la del hombre de letras a la francesa, jurista, con multiplicidad de atributos mentales que lo hicieron brillar como historiador, poeta, novelista, dramaturgo y ágil orador, amén de un ímpetu que lo empujó a lanzarse como militante en revoluciones políticas y a constituirse, según su propia visión, en signo de su tiempo. En este plano, el estudio de Patricia D’Allemand *José María Samper: nación y cultura en el siglo XIX colombiano* atribuye al escritor de Honda un papel de primer orden en la producción intelectual de las élites criollas que en Colombia contribuyeron a sacar a la luz la discusión sobre las

2. Las señales más nítidas del *alter ego* de Samper las encontramos casi todas en Florencio, mientras que en Segundo aparecen veladas; podría señalarse, a guisa de ejemplo, que Samper fue abogado, periodista y un connotado orador que participaba de los debates políticos de su época, viajó por Europa y, a lo largo de su vida, fue una especie de consumado emprendedor: comerció extensamente con tabaco y otros productos, y especuló con tierras en las provincias de Honda y Mariquita, valiéndose de su conocimiento del balbuceante sistema jurídico y de los principios mercantiles modernos.

características socio-raciales y culturales de la nueva república; esto por medio de los cuadros de costumbres, de las crónicas de viajes, pero, sobre todo, de sus novelas, de las cuales resalta su dimensión social y una decidida función pedagógica (2012: 62).

No es gratuito, pues, que Samper se haya embarcado en la aventura de ensayar una historia natural, política y social de una parte del Nuevo Mundo³, junto con varias obras de cuño académico en las que se evidencia un esfuerzo por documentar acontecimientos históricos relevantes a la formación de los partidos y en general a la vida política en la Nueva Granada⁴. Valga añadir que entre sus productos se cuenta también un vasto número de artículos periodísticos y opúsculos en los que se ocupa de los rasgos geográficos del territorio neogranadino, de las particularidades étnicas y culturales de su población, o bien de los debates ideológicos de su época, en gran parte reflejo o influencia de las crisis políticas europeas, materia de la que intelectuales como Samper se hacían portavoces privilegiados en el ámbito criollo, en virtud de su propia experiencia cosmopolita, de la cual dejaron testimonio sus crónicas de viaje⁵. De esta experiencia y expresión cosmopolita se hace eco también el joven Florencio Conde, que en su recorrido por Europa comprende íntimamente que los ideales de libertad y justicia a los que adhería con fervor estaban lejos de ser puestos en práctica en su propia tierra, al tiempo que deja testimonio implícito de su cuestionamiento a la existencia de entidad nacional alguna, o bien, en el mejor de los casos, de que aquello era un proyecto inacabado.

3. Se trata del *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, publicado en París en 1861, cuando Samper era miembro titular de las “Sociedades de Geografía y de Etnografía de Francia”, según reza en la portada del libro. Una segunda edición del ensayo aparece publicada en 1969 por la Universidad Nacional de Colombia.

4. Se podrían citar múltiples materiales de Samper con relación al tema de las constituciones y el derecho público en la Nueva Granada, además de sus descripciones de las guerras civiles y la extensa lista de revoluciones regionales y de alzamientos armados de diversa tipología e intensidad acaecidos a lo largo del siglo XIX; una obra representativa de esta producción es *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada desde 1810*, publicada en 1853.

5. *Viajes de un colombiano por Europa* (1862) es una serie de dos volúmenes en las que relata vivencias e impresiones derivadas de su recorrido por varios países del viejo continente, dando con ello cumplimiento a lo que para entonces representaba un rasgo distintivo, o prueba existencial, para las élites políticas e intelectuales, o para quienes tenían la pretensión de serlo: haber hecho un viaje a Europa.

Es así que Samper ha sido objeto de atención por parte no solo de la crítica literaria, sino también y sobre todo de los historiadores de las ideas políticas en Colombia, atribuyéndole en este campo iniciativas reformistas que contemplaban, en el marco de una organización estatal moderna, la armónica convivencia entre el catolicismo, el liberalismo económico y la justicia social⁶. En su obra clásica sobre el pensamiento político colombiano del siglo XIX, Jaramillo Uribe resaltó esta faceta de Samper sin dejar de estar atento a “su evolución de un liberalismo revolucionario a un liberalismo clásico constitucionalista, y del espíritu romántico y utopista a la tolerancia y cautela de un liberalismo conservador” (1974: 203). En la misma dirección, Sierra Mejía percibe en el conjunto de la obra de Samper una suerte de unidad en la que cada libro constituye un “eslabón” en el accidentado curso de sus ideas políticas y sus creencias religiosas, para llegar, al final de su carrera, “a una posición contraria a aquella con que inicia sus actividades de escritor” (2006: 65). En efecto, comenta el jesuita Núñez Segura, la ambigüedad pareciera ser la cualidad que mejor se ajusta al perfil político de Samper, quien por cuenta de sus constantes cambios de rumbo habría de padecer “amargos sinsabores por parte de sus copartidarios que no le perdonaban su transformación ideológica por la cual mudó de divisa política, abandonó la masonería, y se hizo ferviente católico” (1959: 429).

Sin embargo, este tipo de postura ideológicamente ambigua señalada por la crítica en Samper no es algo ajeno a la génesis de los partidos políticos en Colombia, que orientaron sus movimientos obedeciendo más a la satisfacción de intereses individualistas —y a coyunturas económicas— que a principios doctrinarios emblemáticos, como acertadamente lo advirtió el gran historiador Germán Colmenares en su

6. De cara al modelo espiritual e ideológico que debía orientar el proceso fundacional de la joven nación tras la independencia de 1810 (reconocida por España en 1819), los encuentros y desencuentros entre la tradición católica heredada de España y el desarrollo de las ideas liberales en Colombia serán objeto de confrontación política y armada durante toda la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX; una obra de especial interés en la que se aprecia la progresión cada vez mayor de este conflicto es la que escribe en 1912 el también militante liberal revolucionario Rafael Uribe Uribe: *De cómo el liberalismo político no es pecado*, ello como parte de un esfuerzo intelectual por instruir a la población sobre los matices y las ventajas de un pensamiento político moderno, y por esa vía limitar el alcance del conflicto que se materializaba en las recurrentes y sangrientas guerras civiles que azotaban sin tregua al país.

obra *Partidos políticos y clases sociales* (1968). Tampoco es ajeno a la historiografía de este periodo, que en la práctica y todavía por décadas, gran parte del ideario y de las instituciones heredadas del Estado colonial español permanecieron intactas en la sociedad neogranadina, incluyendo aspectos del orden jurídico y legal, como oportunamente lo señaló Tirado Mejía en el *Manual de Historia de Colombia* (1989: 329). Cabe agregar, que esta forma de resistencia a la ruptura de los lazos políticos con España fue en gran parte transversal a toda la América hispana, en donde, pese a la independencia, la sociedad colonial y el arraigo provincialista retardaron la transición hacia un orden estatal centralizado, social y políticamente moderno; ello derivó necesariamente en la emergencia de Estados débiles, incapaces del ejercicio de autoridad o de un eficaz control sobre el territorio nacional (Lynch 1973: 356).

Con todo, justo es reconocer en figuras letradas como Samper el mérito de haber entendido que, para consolidar la independencia y fundar una república de ciudadanos sobre bases sólidas, se precisaba de un esfuerzo superior al de la mera separación de la autoridad política española: necesario era desprenderse de la herencia cultural colonial, puntualmente de la anacrónica estratificación social y racial que permanecía intacta aun después de decretada la abolición de la esclavitud en 1852. Es así que la sustancia literaria de *Florencio Conde* se inscribe plenamente en dicho propósito.

El esfuerzo de Samper por hacer de esta novela un instrumento para la construcción del concepto de ciudadanía —y en especial de un sujeto de ciudadanía que se evidencia en la conjunción existencial de padre e hijo protagonistas— encuentra plena correspondencia con la progresión de la organización estatal neogranadina, en su lento y aparatoso proceso de superación de las herencias coloniales: en principio el esclavo liberto, Segundo Conde, que obtiene la ciudadanía, merced a la independencia, y por ende la condición que lo habilita para participar del librecambismo, y en seguida el hijo, Florencio, cuya base patrimonial y alfabetismo —entiéndase hombre letrado— le hacen admisible en el estrecho círculo burgués de los liderazgos políticos de una joven república en la que, como ya dijimos, la igualdad civil y política, mucho menos la económica, estaban lejos de concretarse. A este respecto y ya en el campo historiográfico, cabe citar nuevamente la documentación que presenta Tirado Mejía en el *Manual de Historia*

de Colombia en torno al primer régimen constitucional⁷ tras la disolución de la Gran Colombia⁸, en cuyo marco jurídico el otorgamiento de la ciudadanía y el ejercicio de cargos públicos estaban circunscritos a individuos varones, letrados y poseedores de un determinado patrimonio económico. A propósito, escribe:

La Constitución (la de 1932) establecía en su artículo 5° que eran ciudadanos granadinos por nacimiento “los hombres libres” y los “libertos” que reunieran determinados requisitos de residencia o amor a la República, o los hijos de esclavos nacidos libres, y otorgaban el derecho de ciudadanía a los varones que fueran casados o mayores de veintiún años, siempre que supieran leer y escribir —requisito éste que no se haría exigible hasta 1950, pues uno de los dones que traería la libertad sería el del alfabetismo— y siempre que no fuera “sirviente doméstico” o “jornalero” (Tirado Mejía 1989: 333).

Resulta del todo plausible que Samper, apasionado constitucionalista e historiador por excelencia, instrumentalizara su composición literaria para hacer de la vida y obra de los personajes de su novela una refracción y un nítido retrato del proceso de formación republicana del que era testigo y vocero, atendiendo a detalles que se corresponden enteramente con el espíritu de aquella Constitución, como que el alfabetismo es “uno de los dones que traería la libertad”; piénsese, a la sazón, que una preocupación fundamental de Segundo Conde, un peso o sensación de una libertad inconclusa o de una ciudadanía incompleta que lo agobia, era justamente el de no saber leer:

Otra cosa humillaba y afligía profundamente a Segundo, y era su ignorancia. Comprendía que la fortuna misma nada vale, si no hay una inteligencia que la aplique y dirija con acierto; que el derecho del hombre es

7. La Constitución del Estado de la Nueva Granada, dada en 1932, establecía un régimen administrativo centralista, que dividió el territorio en provincias, cantones y distritos parroquiales.

8. La república conocida como la “Gran Colombia”, conformada por los actuales territorios de Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela, había sido creada en 1819 bajo el auspicio del Congreso de Angostura y el liderazgo del libertador Simón Bolívar. El fraccionamiento y la disolución definitiva de la misma ocurrió en 1831 por cuenta del enfrentamiento entre centralistas y federalistas, además de la defensa de los intereses económicos por parte de las élites políticas en las provincias.

impotente para hacerse reconocer y respetar, si no lo acompaña una luz irresistible que lo ponga de manifiesto a los ojos de todos; y se le venía el llanto a los propios cada vez que, con motivo de sus negocios, le era preciso hacerse leer alguna carta o hacer firmar a ruego, por no saber leer ni escribir, o hacer cuentas con montoncitos de granos de maíz, por ignorar totalmente los rudimentos de la aritmética (88).

Persuadido de su carencia, Segundo Conde se hizo enseñar las primeras letras y números de un curandero de provincia de modo tal que en poco tiempo pudo allanar este obstáculo y seguir expedito su camino hacia el éxito económico; nótese además en la citada disposición constitucional, que un impedimento para que se otorgase la ciudadanía a los libertos era el de ser “sirviente” o “jornalero”, condición prevista por el astuto liberto en lo que respecta a su madre y hermana, cuyo “rescate” o libertad había comprado oportunamente al amo con el fruto de su propio trabajo en la mina de oro.

3. CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA, INDEPENDENCIA Y ABOLICIONISMO

Florencio Conde aparece en una época de agitación y trastornos en todo el territorio de la Nueva Granada por cuenta de la creciente confrontación entre liberales y conservadores, representados mayoritariamente por comerciantes y artesanos los primeros y por hacendados latifundistas y el clero los segundos, si bien como ya se mencionó la frontera entre ambas fuerzas era permeable y la adhesión a una u otra corriente era más un asunto de oportunismos que de lealtades ideológicas. Fernando Guillén documenta que hacia mediados de la década de 1870 Samper había ya completado su tránsito al conservatismo, al tiempo que sus caudales aumentaban significativamente gracias a la especulación financiera y al cultivo del tabaco en la provincia de Honda⁹. Fue por esa misma época, comenta Guillén, cuando, junto a otros

9. Véanse, a propósito de las provincias de Honda y Mariquita, profusamente aludidas en la novela en cuestión, las admirables descripciones paisajísticas en el marco de los estudios que sobre flora, fauna y geografía física de la vertiente del río Magdalena realizó el célebre naturalista prusiano Alexander von Humboldt, de los cuales dejó testimonio en el primer volumen de su *Relatio* (1800-1801), o la compilación de apuntes en torno a su segundo viaje a la Nueva Granada.

comerciantes y hacendados, promovió la formación de un partido “independiente” que armonizara con los requerimientos de una ampliación mercantil del horizonte económico de la joven nación hacia el capitalismo internacional, al tiempo que consumaba con esta iniciativa su definitiva separación de aquel proyecto liberal-radical que en sus años mozos lo llevo incluso a empuñar las armas (1979: 441-443). Desde entonces, esta nueva agrupación política compuesta por élites agroexportadoras, desempeñaría un papel fundamental en el progresivo desmonte de la Constitución federalista vigente desde 1863, en la adopción de un sistema centralista y en el inicio de una hegemonía del partido conservador que se extendió hasta 1930.

Cabe añadir sobre el sistema federalista en Colombia que, mientras estuvo vigente y al servicio del mosaico de élites locales, se mantuvo en gran medida asociado al aislamiento de las regiones entre sí, no solo en razón de las barreras geográficas y de la ausencia de vías de comunicación, sino también de las divergentes estructuras de orden socio-racial y económico que derivaban del modo particular en que se ejercía el poder político en cada región, poder fundado principalmente en la tenencia de tierra por parte de caudillos locales, que en tanto clientelas adscritas a la recién creada burocracia partidista tuvieron acceso a los recursos públicos (Palacios 1986). En efecto, una de estas estructuras de orden socio-racial y económico se verificó y tuvo contornos claramente marcados en el caso puntual del estado soberano de Antioquia, región que permaneció relativamente aislada de las crisis políticas del resto de la Nueva Granada y cuya economía residía desde la colonia en el esclavismo y en la extracción aurífera; la provincia de Antioquia sirvió de marco contextual para el nacimiento del esclavo Segundo Conde, que justamente por el aislamiento de su región ignoraba la existencia de una Guerra de Independencia hasta que, por gracia de una afortunada casualidad, conoce al coronel Samudio, entonces forajido de la reconquista española, que lo pone al tanto no solo de la circunstancia histórica en curso, sino también de las nociones de libertad e igualdad¹⁰. En este sentido, la imagen regional que se buscaba tejer

10. Cabe señalar que, al contrario de lo ocurrido en la aislada provincia de Antioquia, en la región suroccidental de Colombia, cuyo epicentro político y económico era la ciudad de Popayán, la participación de esclavos en el marco de las luchas políticas de la primera mitad del siglo XIX fue mucho más activa y fructífera, en tanto se integraron tempranamente a la militancia armada liberal por la causa de la abolición de la

en el relato de las prácticas culturales antioqueñas, así como de las manifestaciones de la vida cotidiana, guardaba una calculada simetría con los modos en que allí se desarrollaban las relaciones de producción y de territorialidad con respecto a las dinámicas de mestizaje, pero también con respecto a las demás variables particulares de la “naturaleza” antioqueña¹¹, en el sentido más amplio del vocablo.

Se nos antoja pensar, pues, que la elección del estado soberano de Antioquia como escenario para el inicio de esta historia no fuera gratuito, en primer término por lo propicio de su situación de cara a una representación implícita del conflicto histórico entre centralistas y federalistas, pero también dado el ulterior decurso que tras la independencia traza Segundo Conde hacia el nacimiento del hombre de negocios independiente, cuya natural astucia y perseverancia le permiten, ya en el ambiente republicano, sacar el mejor partido de las coyunturas económicas y reaccionar en modo oportuno de acuerdo a los vaivenes propios del mercado. En suma, se trata de una personificación idealizada, si cabe decir así, del principio teórico del liberalismo económico, según el cual la riqueza de un país o de una región no se dan gracias a la bondad, sino al egoísmo humano, salvo que en el caso del “humilde y leal” (105) Segundo Conde su comercio con cerdos, potros y muleros, que compraba flacos para venderlos cebados, así como su especulación “comprando a bajo precio las cosechas de cacao de algunas labranzas para revender luego el artículo en zurrones, con destino al consumo de los antioqueños” (87), dicho principio se torna, al interior del relato, en el más edificante de los ejemplos de superación humana y de escuela nacional, merced a la existencia de un régimen de libertades políticas y económicas basado en la competencia y en el individualismo.

En favor de este argumento, María Teresa Cristina pone de manifiesto cómo las novelas de Samper, en particular aquellas escritas hasta

esclavitud. Véase al respecto el estudio “Acción colectiva y partidos políticos en el siglo XIX: la participación y presencia de los afrocolombianos desde una perspectiva histórica” (Díaz 2011).

11. En el terreno de los regionalismos y de los patrones culturales que determinaron relaciones de poder con tintes específicos de cada provincia cabe citar el estudio *Poderes y regiones: problemas en la construcción de la nación colombiana, 1810-1850* de Uribe y Álvarez (1987). En él se postula que, en regiones como Antioquia, el grado de diferenciación fue tal que se llegó a reconocer en ello prácticamente la existencia de un ente político, cultural y territorial independiente del resto de la nación.

1875, estuvieron orientadas a ser testimonio del proceso de desarrollo mercantil y del proyecto económico librecambista que iba tomando forma en la nueva formación republicana. Como producto de este proceso, se consolida en el poder una burguesía comercial de cuya matriz ideológica nuestro autor supo hacerse intérprete y representante, mientras que, en contraste, sus obras posteriores fueron adquiriendo un matiz cada vez más conservador y moralizante (1976: 44). Relativamente en sintonía con esta forma de reacomodamiento político e ideológico, resulta en este punto atendible la hipótesis de lectura que sugiere D'Allemand con respecto a *Florencio Conde*, según la cual Samper se propuso con esta novela ensayar “una solución simbólica a la dimensión socio-racial del conflicto partidista que fracturaba la nación desde mediados de siglo”, amén de que se publicara justo un año antes de su ingreso oficial al partido conservador (2012: 6).

Haciendo acopio de estas perspectivas, nos resulta evidente hasta aquí que esta y otras novelas de Samper encajan en el patrón de lo que Bhabha entendió como la fusión de las tradiciones del pensamiento político y el lenguaje literario, de la que surge la idea de nación como una idea histórica poderosa en Occidente, que se auto-regenera en una retórica continua del progreso nacional y en armonía con las nuevas realidades históricas, hasta derivar en una “representación cuya compulsión cultural reside en la unidad imposible de la nación como fuerza simbólica” (2010: 11). A guisa de instrumento servil a esta dinámica de perenne reproducción de la imagen de nación, la novelística decimonónica fungió como una tecnología o, más bien, como una expresión narrativa del ámbito de las tecnologías que forman y modelan las naciones, pero sobre todo a los sujetos nacionales, que a su vez contribuyen a nutrir una tradición literaria y una historiografía nacional (Smith 2000). Valga de paso comentar que, para estas figuras representativas de las élites criollas, agazapadas en “la ciudad letrada” que magistralmente describió Rama (1984), el escribir obras líricas bajo el influjo de sus apetitos políticos y económicos serviría además de resorte social que los investía de prestigio y respetabilidad.

Al tiempo que Samper forjaba su propia imagen y espacio en el elenco de las élites letradas que narraban la nación, alimentaba con el conjunto de su obra un debate de su época: ¿cómo integrar política, económica y culturalmente las diversas poblaciones y territorios al proyecto civilizatorio moderno? En esta dirección varias alternativas

eran plausibles; sin embargo, hubo un principio en que los novelistas neogranadinos coincidieron sin excepción, al margen de su orientación partidista, y era que ningún proyecto de nación sería viable sin el levantamiento descriptivo de su territorio y de su población. Ello implicaba por supuesto el conocimiento de la geográfica nacional en términos del relieve, los climas, la hidrología, entre otros rasgos físicos, además de la composición demográfica y naturalmente la caracterización de los grupos raciales, que entonces obedecía o se determinaba en virtud de su imbricación con el territorio (Villegas 2008). De esta imbricación Samper se hizo eco no solo en sus obras científicas, sino también en sus novelas, como se aprecia en las “observaciones sociales” e históricas que realiza el joven Florencio al regreso de su viaje por Europa, ya después de haber cultivado su espíritu con lo más reciente del discurso científico evolutivo-determinista:

Nuestras provincias del Atlántico y bajo Magdalena habían sido la base de las colonizaciones españolas en este país, y, por su clima ardiente y condiciones geográficas, las más favorables a la importación de negros africanos y la propagación de la esclavitud; pero estas mismas circunstancias habían hecho fatalmente necesario, inevitable el cruzamiento de las tres razas puestas en estrecho contacto: la americana o indígena, la española y la africana; cruzamiento que el ardor del clima, la fácil alimentación de las gentes y la exuberancia de una naturaleza pródiga en sus dones, habían de favorecer en alto grado. Aquellas provincias estaban, pues, destinadas por la fuerza de los hechos a ser pobladas y gobernadas en gran parte por hombres de color, de cuyo espíritu debía estar excluida toda tendencia aristocrática (152).

4. FLORENCIO CONDE: ESTRUCTURA, NARRADOR Y ESTILO

La novela *Florencio Conde* está estructurada en tres partes, la primera dedicada a la vida de Segundo Conde, y la segunda y tercera dedicadas a la de Florencio Conde. Ambas historias, la del padre y la del hijo, terminan con el matrimonio de los protagonistas con mujeres blancas, por lo que este se presenta, estructuralmente, como la finalidad última de sus vidas: un final feliz, un tanto utópico, puesto que constituye la excepción de las prácticas sociales de la época. Cada una de las tres partes está subdividida: la primera en nueve capítulos; la segunda, en